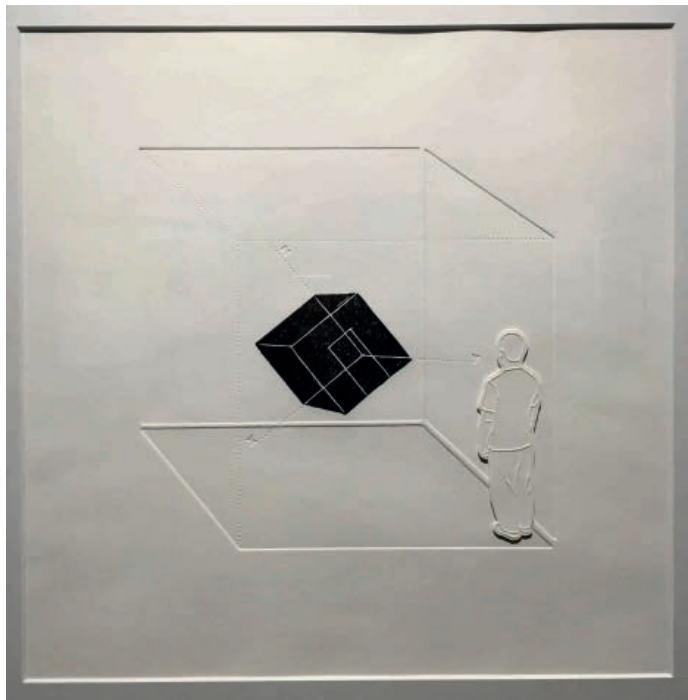


ESTADO INTERMEDIO**Irina Gonzáles****Museo del Grabado, ICPNA**

¿Cuál es la idea que subyace en esta serie de estampas o, mejor dicho, cuál es el «relato» que las hilvana? ¿Trata sobre los pasos requeridos para alcanzar la iluminación en el ámbito doméstico o de la levitación como un don perdido que podemos recobrar? ¿Revela los sortilegios que propician un viaje astral, orienta la búsqueda de portales dimensionales ocultos o alude a las epifanías que nos reserva la vida contemplativa? ¿Respalda la teoría de la transmigración o habla sobre la experiencia humana concebida como un solitario y perpetuo tránsito entre ciclos de luz y penumbra? ¿O estamos, más bien, frente a las láminas que ilustran un tratado inédito sobre nuestra ilusoria existencia en el ilusorio espacio euclidiano?



Grabado. Irina Gonzáles.

Sospecho que algo de todo lo mencionado podría reconocerse en esta colección de imágenes, cada una de las cuales es eslabón de un discurso articulado pero críptico que nos incita a descifrarlo. Lo que llama la atención en el conjunto es su vocación argumentativa, evidente en la concepción diagramática de la composición elegida para la mayoría de las piezas, y patente, sobre todo, en el uso de los elementos de la gráfica de representación

vectorial —rectas, líneas punteadas y letras, por ejemplo, x, y, z—, visibles en *Cubo y Estructura 1*, tan útiles para imaginar el espacio tridimensional latente en una hoja de papel. (Incluso la textura del tablero de triplay empleado como matriz aporta un «ruido» que evoca al ya obsoleto y negro pizarrón escolar sobre el cual, trazadas con tizas blancas, los más viejos aprendimos las lecciones que nos liberaban mentalmente de la cautividad del pupitre).

Con todo esto, Irina Gonzáles (Lima, 1982) ha graficado el equilibrio de energías o fuerzas invisibles, cuyas coordenadas determinan la existencia del ser humano, que en su esquematizada versión adopta la forma de una figura varonil siempre apacible y sin rostro que, sentada, de pie o levitando con los brazos extendidos —casi un pictograma—, es la clave de cada escena. Y siempre se trata del mismo individuo, aunque lo veamos duplicado, mirando a su doble o dándole la espalda, circunstancias que subrayan la cualidad de ensoñación de aquello que vemos y que explica que se desplace de un plano a otro buceando, solo o en cardumen, mientras lleva puesta la ropa y los zapatos. (En algunas estampas, este sujeto se asemeja al visitante de la exposición, quien, también en silencio y a solas, ha descendido por un «ascensor» con la esperanza de llevarse algo —una imagen, una revelación, una intuición, un estímulo— que le resulte útil cuando le toque regresar —literalmente, emerger— a la realidad que le espera en la superficie).

Para articular este portátil universo figurativo, tan elocuente como austero, la autora echó mano de las técnicas que caracterizan su trabajo de los últimos años: la xilografía y el gofrado. Con ambas establece un contrapunto entre las figuras y formas generadas por la tinta negra y los bajorrelieves, estos últimos imperceptibles hasta que la iluminación rasante, natural o artificial, los destaca. (Algunas de esas figuras y formas geométricas táctiles configuran una suerte de dimensión paralela del mundo impreso, como su versión más sutil «al otro lado del espejo»).

Reconozco dos piezas que pueden tomarse como el principio y fin de la serie, tituladas *Inicio* y *Prototipo*. La primera representa un umbral que alberga una silueta humana, frontal a quien mira; y la segunda, lo que parece un poliedro desmontado o desplegado sobre el cual otra silueta aparece desasida del papel y adherida como un leve recorte, liberada ya del recinto en que estaba confinada y generando su propia sombra. Está por fin fuera del espacio virtual y frente a aquella otra «realidad» a la que se encamina con una maleta en la mano y con una incógnita semejante a la de su propia fisonomía.